

De Vuelta a Casa

Embajador Irritante

POR LORENZO MEYER

EL viernes pasado en Foro de EXCELSIOR apareció una carta del ingeniero Jorge Díaz Serrano en torno a mi último artículo. En ella, el ingeniero señaló que mis comentarios sobre las debilidades de la política de renovación moral dejaron de lado algo importante: las graves fallas jurídicas en que han incurrido los acusadores del antiguo director de Pemex. Es posible que Díaz Serrano tenga razón. Mi única excusa para no abordar el tema jurídico es que no sé nada sobre la materia. Hace mucho, casi desde niño, aprendí que cuando en México coinciden lo que se señala en los códigos legales y la realidad, es porque se trata de un accidente. De ahí que mi interés se centre en las reglas reales, no en las escritas, de las relaciones de poder. Entre nosotros las reglas formales son con frecuencia mera ficción.

★

PESE a que el asunto ya ha sido comentado por algunos de mis colegas, hoy deseo abordar el tema de la renuncia del embajador de Estados Unidos en México, John Gavin. A estas alturas ya han surgido varias hipótesis sobre las verdaderas causas de tal renuncia, pues no se ha querido tomar por buena la explicación que dio el propio embajador en su conferencia del 7 de abril: que se va porque quiere.

En mi opinión, poco importa la razón de la renuncia de John Gavin, lo interesante es ahondar en la naturaleza de su larga gestión y su significado para el futuro. Propongo partir de los hechos evidentes: el primero, es que el gobierno actual de México está cons-

tituído, en su cúspide, por personas que conocen bien a Estados Unidos —su lengua, costumbres y forma de gobierno—. El segundo, que el proyecto de este gobierno —debido a la difícil situación de la economía— coincide en buena parte con aquello que las autoridades de Washington desean ver en nuestro país: una disminu-

nución del papel del Estado en la economía, una apertura del mercado mexicano a la competencia internacional, una disminución de la corrupción oficial junto con un aumento de su eficiencia, y otras cosas del mismo tenor. En materia de política exterior ocurre lo mismo, pues el gobierno mexicano —sin renunciar a la defensa del principio básico de la no intervención— dejó de poner el acento en su identificación con las causas del Tercer Mundo, y además, modificó su política en Centroamérica al negociarla dentro del Grupo Contadora con Venezuela, Colombia y Panamá; tres países con menor simpatía hacia el sandinismo de la que México había mostrado hasta 1983.

Contra lo que el sentido común pudiera indicar, los hechos anteriores no llevaron a un mejoramiento de la relación bilateral con Estados Unidos, sino al contrario. En vísperas de la visita de Miguel de la Madrid a Washington en 1984, alguien —quizá un miembro del Consejo Nacional de Seguridad de Estados Unidos— facilitó a la prensa estadounidense un documento donde se mencionaba la posibilidad de que el Presidente mexicano tuviera una cuenta bancaria personal y secreta en Europa.

★

EN 1985, y a raíz del asesinato en Guadalupe de un agente de la Drug Enforcement Administration, funcionarios estadounidenses menores lanzaron una furiosa campaña de denuncias en torno a la inmoralidad de las autoridades mexicanas encargadas de combatir el narcotráfico; se inició también entonces una "operación interceptación" en la frontera, que aún tiene secuelas.

El embajador Gavin fue actor clave en la creación de esta atmósfera de irritación de Estados Unidos frente a México. Se dejó ver mucho más de lo acostumbrado y en lugares donde el gobierno mexicano no lo esperaba. En sus frecuentes declaraciones hubo dejos de reproche en tono moral, que no se acostumbraban en la relación mexicano-estadunidense desde aquella lejana época en que el embajador James Rockwell Sheffield pretendió imponer —sin éxito— a Plutarco Elías Calles y a su grupo de sonorenses, los mismos estándares éticos que supuestamente la

De Vuelta a Casa

Sigue de la página siete

Universidad de Yale había impreso en sus estudiantos, entre ellos a Sheffield.

★

PESE a lo anterior, no debe de perderse de vista que durante el quinquenio en que Gavin estuvo al frente de la representación estadounidense en nuestro país, Estados Unidos tuvo el buen tino de no presionar a México en donde realmente podía causarle un daño sustantivo: en el problema de la deuda. En esta área, las autoridades de Washington se han mostrado relativamente comprensivas. La razón es clara, si llevan a México a la bancarrota, unos de los intereses más afectados serán los bancos norteamericanos. Precipitar la crisis económica al sur del río Bravo significaría poner en entredicho la estabilidad política mexicana, y eso afectaría negativamente el interés nacional de Estados Unidos. Así pues, se puede concluir que la presión estadounidense contra el gobierno mexicano en tiempos de Gavin ha sido más simbólica que real, y es difícil saber hasta dónde esa presión fue producto de la personalidad del embajador y qué medida fue resultado de una política diseñada y aprobada en Washington. Para propósitos prácticos, y desde nuestra perspectiva, da lo mismo.

Las lecciones que deja la estadía oficial del señor John Gavin entre nosotros son varias. Sin embargo, una muy importante y que no debemos olvidar es la siguiente: el espacio de independencia relativa que México conquistó frente a Estados Unidos después de la Revolución no es un espacio ganado de manera definitiva. Si nos descuidamos en este campo, podemos volver a situaciones que creíamos superadas. La relación con Estados Unidos estará siempre preñada de temas potencialmente conflictivos; es imposible que nuestros intereses coincidan siempre en lo esencial. En cualquier caso, la experiencia de los últimos cinco años, muestra que no siempre la prudencia y el repliegue es la mejor estrategia para defender el interés del gobierno mexicano que a veces coincide con el nacional— frente a un Estados Unidos montado en una filosofía de gobierno conservadora y más agresiva que de costumbre.